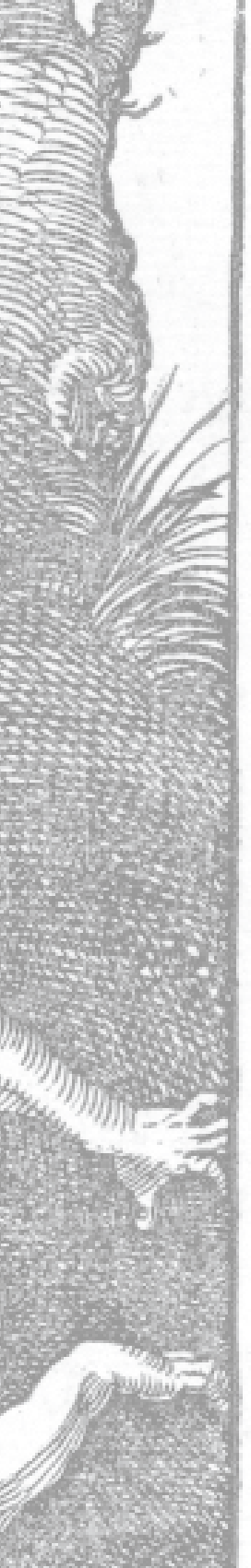
# Ineludible fraternidad

## Conflicto, poder y deseo

Enrique Del Percio

EDICIONES CICCUS



# Ineludible Fraternidad

## Conflicto, poder y deseo

# Ineludible Fraternidad

## Conflicto, poder y deseo

Enrique Del Percio

EDICIONES
CICCUS

**Del Percio, Enrique**
Ineludible fraternidad : conflicto, poder y deseo . - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación CICCUS, 2014.
240 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-693-047-5

1. Ensayo. 2. Filosofía.
CDD 190

Fecha de catalogación: 27/06/2014

Primera edición: agosto 2014
Ilustración de tapa: Grabado de Alberto Durero, *Caín matando a Abel,* [monograma] 1511. Biblioteca Nacional de España, Madrid
Diseño de tapa: Andrea Hamid/Andy Sfeir
Corrección: Sofía Tiano
Coordinación, Producción y Diseño: Andrea Hamid/Andy Sfeir

© Ediciones CICCUS - 2014
Medrano 288 (C1179AAD)
(54 11) 49 81 63 18 / 49 58 09 91
ciccus@ciccus.org.ar
www.ciccus.org.ar

Los derechos de autor devengados por la venta de este libro serán cedidos al Movimiento Políticos Por la Unidad de Argentina. El MPPU es una Asociación Civil a la que adhieren políticos de distintos partidos y tendencias con el compromiso de contribuir a la construcción de una sociedad más justa. Sus miembros reconocen en la fraternidad universal el fin, el contenido y el método específico del compromiso político. Fundado por Chiara Lubich en Italia en 1996, está presente en la Argentina desde 2001. www.mppu.org.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro en cualquier tipo de soporte o formato sin la autorización previa del editor.

Impreso en Argentina
*Printed in Argentina*

Ediciones CICCUS ha sido merecedora del reconocimiento **Embajada de Paz**, en el marco del Proyecto-Campaña "Despertando Conciencia de Paz", auspiciado por la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

*A María de Guadalupe*

*Por lo que ambos sabemos*

*Al Cheewy*

*Porque sabe que es más fuerte que la muerte*

*A Victoria y a Pablo Salvador*

*Porque ya saben que la fraternidad es ineludible*

*No veía aún que todos los hombres son hermanos*

*y que el mundo es su patria común*

Flora Tristán

# Índice

**Presentar y agradecer** . . . . . 11

**PARTE I. EN EL NOMBRE DE LA HERMANDAD**
**Aproximaciones conceptuales** . . . . . 17

¿Inicio o fin de la vida social? . . . . . 19
La fraternidad originaria: los hermanos míticos. . . . . 24
Diferencias con la cooperación y la solidaridad . . . . . 37
La fraternidad como catacresis . . . . . 43
El género de la fraternidad . . . . . 49
Universalidad y experimentalidad . . . . . 52
Fraternidad y Derecho: el Universal Situado . . . . . 63
Pensar desde las víctimas. . . . . 71
El problema del amor al prójimo . . . . . 83

**PARTE II. FRATERNIDAD O BARBARIE**
**Sociedad, conflicto y fraternidad** . . . . . 99

Concepciones de la sociedad . . . . . 101
La cuestión ética en perspectiva fraterna. . . . . 107
Fraternidad e ideologías. . . . . 114
La irrupción del tercero . . . . . 125
Conflicto: negarlo, exacerbarlo o asumirlo . . . . . 132
Tipología del conflicto . . . . . 144

**PARTE III. A NADIE LLAMARÁS PADRE**
**El contexto socio-histórico** . . . . . .165

Los orígenes del "yo fuerte" típico de la modernidad . . . . . .167
Excurso filosófico: La fraternidad ante
la metafísica de la sustancia . . . . . .181
*Alle Menschen werden Brüder!* . . . . . 203
La reaparición de la fraternidad: de Edipo a Narciso . . . . . 206
Fetichización y consumo . . . . . .213
Un poco de teología política . . . . . 225
Política o destino. . . . . 229

**Bibliografía** . . . . . 232

# Presentar y agradecer

Uno de los más populares cómicos argentinos, Dady Brieva, cuenta en un *sketch* que cuando era chico, a la hora del almuerzo, su padre se comía las dos patas del pollo mientras él se quedaba mirando con ganas, esperando ser grande para que le toque comérselas a él. Sin embargo, ahora, tiene que ver cómo se las comen sus dos hijos: a él nunca le tocaron. Una generación atrás a ningún progenitor se le hubiese ocurrido consultar a sus hijos a la hora de ir de vacaciones; hoy van de vacaciones dónde sus hijos lo deciden. El chico es el centro de la existencia, de su propia existencia, por eso una de las cosas que más le gusta hacer es sacarse fotos a sí mismo y subirlas a las redes sociales para ser visto. Cuando el padre varón era el único sostén de la familia numerosa, nadie osaba discutir ninguna de sus decisiones; el hijo, al salir de ese hogar, buscaba un padre con esas características y a veces lo encontraba en la figura de un Franco, un Videla, un Pinochet, un Stalin o un Ceaucescu, tanto daba que fuera de derecha o de izquierda. Hoy el adolescente ya no busca ni padre ni madre fuera de su casa; podrá juntarse con otros para voltear a algún padre autoritario como en Egipto o en Túnez, o para indignarse contra el sistema como en tantos otros lugares del mundo, pero le costará construir una institucionalidad alternativa. Si no hay padre ni madre, es *como si* todos fuésemos hermanos. Subrayo el *como si* porque está claro que la sociedad no es una gran familia, pero la imagen fraterna nos puede dar pistas muy valiosas para pensar lo que nos pasa. Pasamos de sociedades autoritarias a sociedades con crisis de autoridad: esto en sí mismo no es ni bueno ni malo, cada época tiene sus propias ventajas y sus propios problemas a resolver, aunque suele pasar que tendemos a

creer –tanto en lo individual como en lo colectivo– que nuestros problemas son más graves que los de los demás.

Antes de entrar directamente en materia, quiero agradecer a todos los que me ayudaron en la apasionante tarea de tratar de entender nuestro tiempo y nuestro espacio. Pocas cosas me molestan en la vida y una de esas pocas cosas es la falta de gratitud. Sin embargo, no es posible mencionar a cada cual por su nombre. De hecho, una de las razones por las que no acostumbro a cobrar derechos de autor es que debería repartir las utilidades entre tanta gente que posibilita la redacción de cada libro, que al final terminaría teniendo mayor extensión la lista de agradecimientos. Este libro no es una excepción: si bien desde ya me hago cargo de todo lo que acá digo, no hubiera sido posible concretar este texto sin el diálogo y el aporte de tantos maestros, colegas, amigos, discípulos y alumnos cuya sola mención llevaría más páginas de las que el editor estaría dispuesto a permitir, sin contar a todos los que me enseñan a diario en la cola del almacén, en la charla en el autobús, en los cafés o en la sala de espera de los aeropuertos. Por eso, para evitar exclusiones, no voy a nombrar personas, pero sería imperdonable no hacer referencia a las instituciones que hicieron posibles las investigaciones que plasman en este libro. Como las instituciones no existen ni por sí mismas ni para sí mismas, va de suyo que en esto se expresa mi profunda gratitud para con aquellos de sus miembros que tanto me han aportado.

En primer lugar, va mi reconocimiento a la Red Universitaria de Estudios sobre la Fraternidad (RUEF) que al invitarme como conferencista en uno de sus primeros congresos internacionales me obligó a pensar en serio en este tema, permitiéndome así descubrir su importancia capital. Tanto el diálogo ameno como el debate apasionado que se viene dando en el seno de la Red –integrada por investigadores de toda nuestra América– son el fertilizante imprescindible para que germinen y se desarrollen las ideas y proyectos relacionados con la fraternidad. Aquí, además de mi agradecimiento, va mi pedido de disculpas para con aquellos que

alguna vez se hayan sentido incómodos con la vehemencia de mis argumentaciones. Les puedo asegurar que no dejé de considerar ninguno de sus argumentos y, como verán si tienen ganas de leer este libro, en muchos casos he incorporado sus críticas y, en otros, sigo la discusión, pero con la serenidad que me da el silencio de la habitación en la que escribo esto.

Al Rectorado de la Universidad de Buenos Aires que al instituir el Programa Internacional de Estudios sobre Democracia, Sociedad y Nuevas Economías ha dado notable impulso al estudio y difusión de esta temática. En el marco de ese Programa, la Facultad de Derecho, a través de su Departamento de Ciencias Sociales, alberga y promueve la actividad del Equipo de Estudios sobre Fraternidad y Justicia cuyos miembros –investigadores de Argentina, Brasil, Chile, Colombia e Italia– vienen desarrollando una importante producción teórica en vínculo con el Doctorado en Filosofía de la Universidad del Salvador, Sede San Miguel. Todas las ideas acá expuestas fueron presentadas en su seno y muchas otras fueron desechadas gracias a las agudas críticas de mis colegas.

Al Birkbeck College de la Universidad de Londres donde, durante mi estadía en 2010, descubrí la importancia de incorporar las categorías del psicoanálisis lacaniano a la investigación social para una mejor comprensión de los factores pulsionales y del lugar del deseo en la construcción de la vida en común. Es cierto, en Buenos Aires ya había muchos que venían trabajando en esa línea y no les había dado la suficiente relevancia. Pero bueno, no es tan fácil desprenderse del coloniaje epistémico, por más que uno lo intente. Además, nuestros lacanianos suelen ser más intolerantes que sus pares de otras latitudes al empleo de sus herramientas en áreas ajenas a la clínica. Reconozco que si Lacan se dignase a leer esto –cosa altamente improbable–, le vendrían ganas de resucitar y asesinarme, pero ese es un problema de Lacan y sus seguidores, especialmente los vernáculos. Creo que las ideas, como la tierra, han de ser del que las trabaja, por lo que el asunto me tiene sin mayor cuidado.

En esa misma época fui recibido con enorme generosidad material e intelectual por las comunidades académicas de las universidades Gregoriana, Complutense y de Turín, cuyos aportes fueron decisivos para "universalizar situadamente" mis especulaciones en torno al concepto de fraternidad. Capital importancia tuvo también mi estancia en el Instituto Universitario Sophia: el diálogo con sus docentes e investigadores en medio del mágico paisaje de la Toscana y el acceso a su biblioteca sobre temas vinculados a la fraternidad han fecundado buena parte de esta obra.

En los cursos de maestría y doctorado que dicté en las universidades Santo Tomás y del Rosario, ambas de Bogotá, pude profundizar la relación entre conflicto y fraternidad gracias al "invalorable" aporte de colegas y estudiantes que bien conocen el tema por sufrirlo en carne propia. Espero con genuina esperanza que para las próximas generaciones de colombianos la palabra conflicto no remita necesariamente a la muerte, a los desplazados ni al horror.

A la Universidad Nacional de Tres de Febrero, sin cuya activa participación y cooperación hubiese sido imposible realizar los encuentros de pensadores latinoamericanos en Buenos Aires y en Salto (Uruguay) donde estos temas fueron ampliamente debatidos. Asimismo, muchas de estas ideas fueron analizadas en las carreras de posgrado en educación que se dictan en esa prestigiosa casa de altos estudios.

A la Asociación de Filosofía Latinoamericana, cuyos miembros más caracterizados tuvieron siempre la humildad de escucharme, la sabiduría para orientarme y la paciencia para aguantarme, tanto individualmente como en las reuniones en que fui exponiendo y discutiendo buena parte de los conceptos acá contenidos.

A la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires por el apoyo de sus autoridades y por el diálogo interdisciplinario (o mejor dicho, indisciplinario) en cuestiones epistemológicas y metodológicas, pero, sobre todo, por el contagioso entusiasmo de sus investigadores.

A la Universidad Andina del Ecuador, a la Universidad de Chile, a la Alberto Hurtado y a la Diego Portales del querido país trasandino y al Doctorado en Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana de Iztapalapa de México. En todas ellas, más allá de los cursos y conferencias que dicté sobre estos temas, he cosechado grandes amigos que, con entrañable cariño y rigurosa idoneidad, han leído y corregido extensas partes de eso que aún llamamos "manuscritos" que fueron configurando este libro.

Una especial mención merecen mis colaboradores de la asignatura Sociología Jurídica y de la Dominación de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Siempre atentos a las últimas tendencias del pensamiento universal, pero leyéndolas desde una clara situacionalidad latinoamericana, con sus constantes aportes han ido dando forma al sustrato intelectual de este libro. También, claro, a mis alumnos de la Facultad de Derecho, tanto en el grado como en el doctorado. No a todos por igual, claro está, sino en forma distinguida a aquellos que con sus preguntas, críticas, observaciones y comentarios durante y después de haber cursado la materia, fueron permitiendo ajustar infinidad de detalles.

Si bien me propuse no mencionar a nadie por su nombre, no puedo dejar de referirme a Carlos Cárcova, director de mi investigación posdoctoral que sirve de base a este texto, y a Juan Carlos Scannone SJ por el privilegio de tantos años de magisterial amistad plasmada en largas horas de conversación sobre todas las cuestiones que puedan darse entre los cielos y los infiernos. Por último, *last but not least*, a mis queridos e inolvidables maestros Juan Carlos Agulla, Roberto J. Brie, Armando Poratti, y José Enrique Miguens. Sus palabras, sus consejos, su estímulo, siguen presentes en los pliegues de mi cerebro y en las glándulas productoras de la adrenalina imprescindible para apasionarse con la aventura intelectual.

# I

# EN EL NOMBRE DE LA HERMANDAD

## Aproximaciones conceptuales

# ¿Inicio o fin de la vida social?

Escena de viernes por la tarde al llegar los hermanos de la escuela: la mamá intenta servirles la merienda mientras ellos pelean por el programa que quieren ver en la televisión. Gritos, empujones, llanto, algún coscorrón, la leche termina derramada por el piso y la madre, al borde del ataque de nervios, les espeta: "¡Basta de pelear! ¡No parecen hermanos!". ¿No parecen hermanos? ¿Acaso pelearse no es propio de los hermanos? Sin embargo, cuando queremos significar que nos queremos con alguien entrañablemente decimos que más que un amigo es un hermano. ¿Cómo podemos explicar esta contradicción? Ocurre que la hermandad o fraternidad puede entenderse en dos sentidos distintos: o bien como aquello que efectivamente es o como aquello que querríamos que fuese. En el primer caso, la lucha entre hermanos nos pone frente a un dato de la realidad: las relaciones horizontales estimulan el conflicto. En el segundo caso, estamos frente a un anhelo: si pudiésemos evitar el conflicto todos seríamos más felices. Si extrapolamos el concepto de fraternidad del ámbito doméstico al terreno político, cuando hablamos de fraternidad universal, podemos hacer referencia o bien a la condición originaria de la sociedad: no hay padre ni madre, por tanto el conflicto está siempre ahí, en forma manifiesta o latente; o bien podemos referirnos a un ideal, a un fin inalcanzable, pero que nos atrae como un imán: una sociedad armónica en cuyo seno cada cual pueda desplegar libremente todas sus potencialidades.

Estos dos sentidos forman parte de una misma realidad: la fraternidad es bifronte como Jano: con una de sus caras mira esperanzada hacia el futuro que deberíamos construir, y con la otra

mira alerta al pasado en el que hemos ido construyendo este presente. Una cara dicta un mandato, la otra describe un dato. Una es idealista, la otra realista. Paradójicamente, la cara realista nos da el dato ("dado") de que nada está dado de antemano y que por lo tanto todo es cuestión de construcciones, las que nunca son definitivas y en su dinámica son resultado de luchas y de consensos, de diálogos e imposiciones.

Toda extrapolación de lo privado a lo público tiene sus riesgos e inconvenientes, lo que ha llevado a muchos a desechar este concepto como categoría política útil. Por mi parte, creo que la riqueza que podemos extraer de él es tan grande que bien vale la pena correr ese riesgo aunque, claro está, con las debidas prevenciones. La primera de ellas ya la explicitamos: en la familia, los padres establecen la verticalidad que tiende a disolver el conflicto. En cambio, en el ámbito público no hay padre ni madre: no hay persona ni grupo que pueda detentar "naturalmente" la función paterna de establecer la ley, ni hay una sociedad-útero en cuyo seno maternal todo antagonismo se disuelve. La fraternidad universal nos advierte que la vida en común es una construcción que depende de nosotros, una realidad originaria e ideal a alcanzar: en la tensión entre estos dos extremos se juega la existencia colectiva, existencia que no deja lugar a ingenuidades o banalizaciones.

Tan fuerte es la tendencia a reducir la fraternidad a la dimensión normativa e ignorar la descriptiva que es preciso reiterar, aún a fuer de ser monótono, que podemos hablar de fraternidad en dos sentidos distintos, en tensión, pero también complementarios, según que la pongamos al inicio o al final de la vida social: como origen del cual no podemos evadirnos o como finalidad a alcanzar, como descripción de un *factum* insoslayable o como norma a cumplir. El empleo más frecuente del término se da en este último sentido: es de desear que los *fratres*, los hermanos, se quieran, se lleven bien. Entonces, este sentido de fraternidades  desear una sociedad en la que todos se amen, aunque este sea un ideal que nunca se realizará plenamente.

Esta cara idealista/normativa de la fraternidad es la que aparece, por ejemplo, en el Artículo Primero de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros."[1] En el inicio mismo de una declaración de *derechos*, la fraternidad aparece como el primer *deber* al que se hace mención. Así también, tomando como base las ponencias presentadas en los distintos seminarios, jornadas y congresos internacionales que se vienen desarrollando desde hace unos años en torno al tema, se puede señalar un claro predominio de la corriente que privilegia una concepción de la fraternidad como ideal a alcanzar, caracterizado por la apertura al otro, la reciprocidad, la unidad, el don, la generosidad y la comunión. Es representativa de esta línea la ponencia de Rolando Cristao, para quien "la relación fraterna es la concreción más plena del amor-ágape. Es puro don recíproco. El don se expresa en la circulación de bienes materiales a nivel interpersonal, grupal o comunitario. El compartir y la comunión de los bienes refuerzan los vínculos fraternos, constituyendo su más evidente concreción. (...) Se puede afirmar que en las relaciones fraternas la profundidad de esas relaciones, la intensidad de las interacciones y de los sentimientos de amor, de estima, afecto, confianza, componen relaciones de comunión en grado de inspirar en la realidad social en todos los niveles, un soplo positivo y sugestivo de armonía, equilibrio, orden y, justamente por eso, de progreso, desarrollo y perfeccionamiento de notable alcance, todos elementos particularmente requeridos por una sociedad como la actual".[2]

---

1 Cabe destacar que la incorporación de la noción de fraternidad se debe a la labor del ilustre pensador brasileño Austregésilo de Athayde. No es casual que haya sido un latinoamericano –el único convocado– el que haya promovido esta idea en el seno del Comité de Redacción de la Declaración.

2 Cristao, R. *Las dimensiones de la fraternidad en las ciencias sociales* en Actas del V Simposio de la RUEF, Pernambuco, 2012.

Pero, insisto, también podemos pensar en la otra faz de la bifronte fraternidad, la cara con la que mira al origen. Y en el inicio está la lucha entre hermanos: Rómulo mata a su hermano Remo y funda Roma; Caín mata a Abel y funda la ciudad de Henoch; Atenea combate con su hermano Poseidón y da su nombre a la ciudad de Atenas; Set mata a su hermano Osiris; Manco Capac es uno de hermanos Ayar que, tras varios combates fraternos, funda el Cuzco. Toda la Biblia está atravesada por las luchas fraternas: Jacob y Esaú, José y sus hermanos, el hijo pródigo, son buenos ejemplos. También la experiencia cotidiana nos muestra que los hermanos se pelean. Los hermanos no siempre se matan, muchas veces se quieren, pero es casi imposible encontrar algunos que no se hayan peleado en algún momento. Esto nos pone frente a lo que podemos llamar la cara realista de la fraternidad.

Vale también reiterar que las dos caras no se confunden, pero tampoco cabe separarlas tajantemente. La dimensión realista, sin la interpelación de la dimensión idealista, puede devenir en una mera legitimación de los poderes establecidos: la historia de la humanidad no sería sino la historia de los conflictos, el más fuerte es el que gana y por tanto es el que impone su poder y su visión de las cosas, siendo "natural" que así sea. La dimensión idealista sin la realista es inconducente, deriva en un discurso moralista que sirve para tranquilizar algunas conciencias, pero no permite ninguna transformación efectiva de la realidad. Ambas dimensiones se necesitan recíprocamente: la muerte de Remo a manos de Rómulo fue un acto entre hermanos, fraterno; pero al desaparecer el hermano no se acabó la fraternidad. De hecho, hubo algo en Rómulo (la faz idealista) que lo impulsó a llamar a la ciudad que fundó con el nombre de *Roma*, en homenaje a su hermano. Cierto grado de idealismo es necesario para que la vida social sea posible. Pero la cara realista de la fraternidad nos recuerda que, si somos todos hermanos, no hay ni padre ni madre que puedan decidir qué es lo que se debe hacer. Y nos recuerda también que esas decisiones no siempre han de ser –por ser constitutivamente imposible– el fruto

pacífico del diálogo armónico y sincero entre todos los hermanos, pues las relaciones fraternas son, de suyo, conflictivas. Ser conscientes de esta conflictividad es el primer paso para que no sea el conflicto el que imponga su propia lógica, sino para construir una institucionalidad que permita que se tomen decisiones sin que estas sean el resultado del fratricidio.

Como la bibliografía más abundante es la que pone el acento en la dimensión idealista[3], en este ensayo privilegiaremos el análisis de las potencialidades inherentes a la faz realista, pero procurando no perder de vista la cara que mira esperanzada al futuro. A pesar de la escasa producción bibliográfica existente acerca de la dimensión conflictiva de la fraternidad, esto de ningún modo significa que salimos a explorar tierras incógnitas, pues muchos ya las recorrieron y abrieron caminos, aunque empleando otras terminologías. Menos aún es una formulación de una nueva teoría. Este no es un pensamiento de vanguardia sino, más bien, de retaguardia. Se trata de presentar experiencias e ideas de pueblos y pensadores con un formato distinto, de modo que contribuya a su aprovechamiento en las actuales circunstancias por las que atraviesa nuestra existencia en común.

Cabe señalar el singular aporte que en este sentido ha venido haciendo el pensamiento latinoamericano ya desde los proyectos pensados por los primeros habitantes de estas tierras antes de las invasiones europeas. En los últimos años se está generando una importante producción teórica sobre este aporte de Nuestra América al pensamiento universal, destacándose al respecto las contribuciones de Domingo Ighina y Esteban Valenzuela[4].

---

3 Un conciso y consistente repaso crítico de la tradición que nosotros llamamos "idealista" se puede ver en Agra Romero, M. J. *Fraternidad. Un concepto político a debate*, publicado en la Revista Internacional de Filosofía Política (RIFP 3-1994, pp. 143-168) disponible en numerosos sitios web.

4 Ighina, D. *La brasa bajo la ceniza. La fraternidad en el pensamiento de la integración latinoamericana*. Ciudad Nueva, Bs. As., 2011, y Valenzuela, E. *Utopistas indianos en América*, Ciudad Nueva, Bs. As., 2013.

# La fraternidad originaria: los hermanos míticos

Decíamos que el mitema de los hermanos que pelean aparece en culturas distintas y distantes. ¿Qué nos quiere decir esa llamativa constancia? Como siempre que se hace referencia a la mitología, las interpretaciones son múltiples y los significados ambiguos; sin embargo, hay algunos elementos que nos permiten hacer una lectura bastante inequívoca de estas constantes. Para comenzar, analicemos brevemente el caso de Rómulo y Remo, fratricidio cargado con gran riqueza simbólica para la filosofía política por ser el mito de origen de Roma, una de las culturas que más finamente entendió lo político.

Recordemos que Numitor reinaba sobre Alba Longa cuando su hermano Amulio lo destronó. Para garantizar la seguridad de su trono, el usurpador procuró acabar con la estirpe legítima matando a todos sus sobrinos varones y condenando a su sobrina Rea Silvia a la virginidad como sacerdotisa de la diosa Vesta. Sin embargo, Rea fue poseída por Marte y concibió a dos mellizos: Rómulo y Remo. Para salvarlos de Amulio, fueron escondidos en una canasta y arrojados al Tíber de donde los rescató la loba Luperca, quien los amamantó hasta que los encontró un pastor y los crió con su mujer.

Retengamos la imagen clásica de Rómulo y Remo amamantados por la loba. Pues bien, en latín loba se dice *lupa*. En Roma, también a las prostitutas se las llamaba *lupa*; de allí, por ejemplo, se deriva *lupanar* como sinónimo de prostíbulo. Aquí cabe recordar que muchas veces la llamada "buena educación" nos lleva a establecer una distancia entre la palabra y lo que queremos signi-

ficar con esa palabra que empobrece su fuerza expresiva. Espero que el lector de este texto no se escandalice, pero necesito emplear el lenguaje que usamos en la calle porque nos va a permitir una mayor vinculación entre la expresión popular que empleamos sin meditar y su significación más profunda.

Si Rómulo y Remo estaban mamando de una *lupa*, si su madre era una puta, ellos eran unos hijos de puta. ¿Qué significa esto? Que el padre es la ley, que es de la que ellos carecen pues el padre es el que marca el límite y Marte como padre resultó un abandónico de manual. Cuando hablamos de padre no hablamos necesariamente del varón que ocupa ese lugar, hablamos de la "función padre" y no del progenitor masculino, función que muchas veces la mujer soltera o viuda puede procurar y desempeñar perfectamente con tanta solvencia como el varón puede ejercer su función maternal. A lo que nos referimos cuando hablamos de la falta de padre es a la falta de todo límite. La puta es aquella que puede acostarse con todos, incluso con su propio hijo, que deviene un *mother fucker*. La falta de todo límite es la que tiene aquel que es capaz de acostarse con su propia madre. Históricamente se aprecia que la relación sexual entre padre e hija o entre hermanos, en muchas culturas es tolerada, aceptada, e incluso en algunos casos, promovida para mantener la pureza de sangre. En cambio, cada vez que leemos la tragedia de Edipo nos vuelve a conmover y a revolver hasta las entrañas; entendemos que Edipo se arranque los ojos no porque mató a su padre, sino porque tuvo sexo con Yocasta, porque violó la prohibición más absoluta: la de acostarse con su propia madre. Es decir, la ausencia plena de ley, de límite. Por eso la expresión *hijo de puta* tiene en casi todas partes un doble sentido: negativo, pero también positivo. Cuando vemos un jugador de fútbol que hace una jugada increíble, decimos: "¡Qué hijo de puta!", porque pensamos: "¿Cómo hace eso, ¡si va más allá de los límites!?". Ahora, si hablamos del criminal que viola y asesina a una chica, también pensamos: "¡Qué hijo de puta!", es que no tiene límites, no tiene ley.

Volvamos a nuestro mito: Rómulo traza los cuatro límites de Roma con su arado. Tengamos presente la clara connotación fálica del arado hendiendo la tierra y recordemos que el cuatro tiene para los romanos una carga simbólica muy fuerte: adelante, atrás, a un costado, al otro; Norte, Sur, Este, Oeste. Es decir, es el que pone *el* límite. Cuando su hermano Remo transgrede ese límite Rómulo lo mata. Es como si dijese: "Vos transgrediste el límite. Yo soy el más hijo de puta, yo soy el que la tiene más larga, y por ende yo pongo la ley". Por eso la palabra *derecho*, así como el bastón de mando o la espada que usan desde siempre los gobernantes, hacen clara referencia al carácter fálico de la ley. El mismo falo que atraviesa el cigarrillo en el cartel que indica la prohibición de fumar o la E en la del indicador de "Prohibido Estacionar".

En este sentido Rómulo es contrafigura exacta de Jesucristo. Rómulo es un hijo de puta, Jesús es el hijo de virgen, de *La* Virgen. Rómulo es hijo de un dios que no se hace mayormente cargo de su paternidad, por lo que podemos decir que no tiene padre; Jesucristo viene a cumplir la voluntad de un dios cuyo nombre ignoramos, y al que por ende llamamos por su función: *El* Padre. Rómulo es el que no tiene padre, el hijo de puta que mata a su hermano; Jesucristo es el hijo de la Virgen, que viene a cumplir la voluntad del Padre y que da la vida por sus hermanos. Rómulo mata a su hermano para imponer la ley de la exterioridad; Jesucristo muere por sus hermanos para liberarnos de la ley de la exterioridad y decirnos que la única ley es la ley del amor, es decir, la ley del mandato imposible si no la asumimos desde adentro de nosotros mismos, ley que no admite ser impuesta (otra vez el lenguaje de la calle: *que te la pongan*) desde fuera.

Como decíamos, no es este el único mito en el que el fratricidio está en el origen de la ciudad. Ya hemos hablado de Caín, el que, tras asesinar a su hermano Abel, llegó hasta la tierra de Nod donde edificó Henoch, la primera ciudad según el Génesis[5]. Esto no

5 Génesis 4: 14-24

significa que, según la mitología, los fratricidas tengan una manía compulsiva por salir a fundar ciudades, sino que nos habla de la presencia del conflicto en el inicio mismo de la ciudad. Hoy viene bien recordar que *ciudadano* deriva de *ciudad*, frente a tanta teoría *naïf* de la ciudadanía.

Pero también cabe señalar que no todos los mitos de origen con luchas entre hermanos incluyen el fratricidio. Muchas veces se pelean sin que uno mate a otro, como por ejemplo el caso de la fundación de Atenas, tras el triunfo de Atenea sobre su hermano Poseidón, o el caso de los hermanos Ayar y la fundación del Cuzco en Perú por parte de Ayar Manco, también llamado Manco Capac. En el caso de los tupí-güaranís, el pueblo que ocupó lo que hoy es Brasil, Paraguay y partes de Argentina, Bolivia y Uruguay, su mito cuenta que, después de un diluvio que cubrió de agua toda la tierra, sólo se salvaron los hermanos Tupí y Guaraní con sus esposas, gracias a haber permanecido refugiados en lo alto de una palmera. Vivieron en armonía y fueron criando a sus hijos en una especie de paraíso terrenal, pero un papagayo que tenían como mascota fue sembrando la cizaña entre los hermanos y las cuñadas, hasta que cada matrimonio tuvo que irse por su lado. En este caso, lo que el mito pone de relieve no es la violencia como originaria sino la imposibilidad de la convivencia armónica permanente. Por cierto, también hay mitos fundacionales de hermanos que se llevan bien, como el relatado en el Popol Vuh, el libro sagrado de los mayas, aunque en este caso la unidad de los hermanos Xbalanqué y Hunahpú se da en razón del combate contra diversos dioses: más que la fraternidad constitutiva es la solidaridad contra el enemigo común lo que los mantiene unidos.

Lo que acá interesa destacar es que numerosas culturas explican sus inicios a partir de mitos en los que la fraternidad está presente, ya sea entendida como fraternidad antagónica o, por el contrario, de sólida amistad. Estas fraternidades míticas "tienen la misión, por decirlo así, de *abrir* la estructura interna del ser humano, de explicitar la dinámica de la antropología originaria, la

cual, aún siendo simbólica e intuitiva, contiene lo que podríamos llamar un "*logos implícito"* o potencial que poco a poco, a lo largo de las generaciones, sale a la luz creciendo del patrimonio originario. Por este motivo, los *primeros hermanos* constituyen un dato permanente –aún en el desarrollo diacrónico de las historias humanas– tanto del individuo como de sus relaciones con los otros, como de una dinámica cosmológica más amplia."[6]

A veces, se trata de parejas fraternas de edades distintas, como Caín y Abel, pero por lo general encontramos hermanos gemelos. Estos últimos tienen a subrayar la duplicidad del universo. En algunos relatos mitológicos estos combaten entre sí y en otros colaboran. Así, entre los Pueblo, en México, quienes combaten son las deidades de la mañana y de la noche y ambos son protectores.[7] En otros casos, como el de los iroqueses o el de los piaroa de la cuenca del Orinoco, encontramos la tipología del gemelo bueno y del otro malvado. Para los iroqueses, el gemelo bueno domina dentro del área del campamento representando al bien como principio de orden, mientras el gemelo malo domina en el bosque, representando el caos como lo ominoso.

En el caso de los dióscuros de la mitología gala, Beloveso es el hermano guerrero que funda la ciudad de Mediolanum y su gemelo Segoveso guía una migración hacia territorios desconocidos. Se trate de gemelos cooperantes o antagonistas, en todo caso "la dinámica de los gemelos hace emerger el proceso de individualización. La separación de la parte del todo produce el otorgamiento de una identidad y de una personalidad a quien se distingue del conjunto" [8].

---

6 Baggio, A. (comp.) "La fraternidad antagónica", *La fraternidad en perspectiva política. Exigencias, recursos, definiciones del principio olvidado,* Ciudad Nueva, Bs. As. 2009. P. 205

7 Idem

8 Idem, p. 206.

En cuanto a las mitologías modernas sobre la fraternidad originaria, quizá el mito más recordado sea el de los hermanos que matan al padre en *Totem y Tabú* en el que Freud construye un modelo alternativo a los de las mitologías tradicionales. En rigor, en el mito freudiano lo originario es la paternidad. No es mi intención efectuar acá un análisis de este mito[9] pero sí señalar, como lo hace Hinkelammert[10], que al partir Freud del mito de Edipo[11] en lugar del mito de Abraham e Isaac, entiende todo en clave sacrificial, tal como lo viene haciendo la sociedad occidental desde Ifigenia en adelante. Agamenón sacrifica a su hija en pro de sus necesidades bélicas; Abraham no sacrifica a su hijo. Por eso, Grecia construirá un imperio, primero con Alejandro y luego con Roma, su heredera. No así Israel: la lógica sacrificial está en la base de la construcción imperial.

## Fraternidad y realismo político

Como vemos, el estudio de las relaciones entre los hermanos más famosos de las mitologías inhabilita a pensar que la *fraternidad* sirva para fundamentar un tipo de discurso bien intencionado pero carente de todo nexo con la realidad y, por ende, de toda operatividad.

No hacemos acá referencia al discurso que hemos caracterizado como predominantemente ético que entiende a la fraternidad como un fin a alcanzar, sino a un cierto tipo de discurso de cor-

---

9 Desde la perspectiva política, vale cotejar dos lecturas opuestas de *Totem y Tabú*, la efectuada por Baggio, A. *Op. Cit.* p. 212 ss y la de Rozitchner, L. *Freud y los problemas del poder* Losada, Bs. As. 2003.

10 Hinkelammert, F. *Sacrificio humano y sociedad occidental: Lucifer y la Bestia* Hay numerosas ediciones digitales.

11 Una aguda crítica a la lectura freudiana de la tragedia de Edipo la encontramos en Roudinesco, E. *La familia en desorden*. FCE, Bs. As. 2013.

te más bien emocional o sentimental, que viene a constituir una variante más de esa opinión tan extendida de que "para resolver nuestros problemas tenemos que querernos todos y buscar siempre el bien común". De ese modo, los políticos deberían poder "ponerse de acuerdo y tirar todos para adelante", como si fuera tan fácil descubrir dónde queda ese "adelante", o, peor aún, ignorando que por lo general el "adelante" del supuesto sentido común –eso que "la gente sabe" y que "los políticos no escuchan"– es fruto de una imposición hegemónica cuyo éxito radica precisamente en ocultar su carácter de imposición. Discurso que suele continuar afirmando que necesitamos políticos que privilegien la ética y la búsqueda del bien de la sociedad por sobre sus apetencias personales, olvidando que todo político –hablo de políticos en serio– siempre tiende a preferir un accionar éticamente responsable... en la medida en que ello le depare algún beneficio. Beneficio que consiste primordialmente en adquirir, conservar o extender su poder. Creo que esto bien podría constituir el primer axioma del realismo político. El problema es que muchos políticos ambicionan más los cargos o el dinero que el propio poder político, pero eso es harina de otro costal. Lo que no es harina de otro costal es que el lugar que dejen vacantes los políticos no va a ser llenado sin más por las almas bellas que conforman la llamada "sociedad civil", sino por los que tengan el poder de hacerlo: hoy por hoy, el capital financiero en primer lugar. En estas circunstancias, los políticos actúan como el único contrapeso idóneo que hasta ahora encontramos en ese poder. Es cierto que hay muchos políticos corruptos que no tienen el menor interés en el bien común, pero aún esos por el hecho de tener sus propios intereses pueden ser útiles para que no sea la lógica del capitalismo financiero la única que se imponga. Hay también muchos políticos serios y honestos preocupados por mejorar la vida de las personas. No sé si serán la mayoría –creo que no– pero sí sé que los hay en todo el mundo y de todas –o casi todas– las ideologías y que no son tan escasos como se nos quiere hacer creer.

Si bien esa postura pretendidamente "pura" no tiene mayor incidencia teórica, está tan extendida que no son pocos los académicos e investigadores que tienden a desechar, sin el menor análisis, el potencial que encierra la fraternidad, prefiriendo centrarse en el estudio de los otros dos componentes del tríptico atribuido a la Revolución Francesa: la libertad y la igualdad, o –también– en las cuestiones de justicia. Paradójicamente, el problema radica en la falta de realismo político, en la ingenuidad política que se deriva de privilegiar la libertad, la igualdad o la justicia, olvidando la fraternidad, porque la fraternidad nos habla de la radicalidad del conflicto como constitutivo de la vida social. Conflicto que hoy se revela en función de la necesidad de contribuir al fortalecimiento de la política, debilitada por un sistema de acumulación financiera jamás visto y alojada en medio de un campo minado de buenas intenciones. No olvidemos que la política es el principal instrumento capaz de generar las condiciones para que cada uno de los miembros de la sociedad pueda desplegar plena y libremente sus potencialidades. Cuando el uno por ciento de la población mundial concentra más de la mitad del total de las riquezas, cuando las ochenta y seis personas más ricas del mundo tienen más activos acumulados que los tres mil seiscientos millones más pobres[12], ese potencial de la política se encuentra muy devaluado. Es verdad que el capitalismo de consumo ha permitido que salgan de la pobreza absoluta millones de personas, pero así como la pobreza absoluta envilece a la *persona* que la padece, la pobreza relativa que generan estas desigualdades envilece a la *sociedad* que la padece. Tenemos un buen ejemplo en la crisis iniciada en 2008, que tuvo como principales responsables a agentes financieros que en su gran mayoría siguen actuando como si nada hubiese acontecido, cobrando sus *bonus* obscenos mientras las grandes mayorías pagan las consecuencias de sus decisiones. Cuando esto acontece

12 Fuente: OXFAM, *Working for the fews. Political capture and economic inequality*. accesible en www.oxfam.org

se torna indispensable repensar la política a partir de otras categorías[13].

Estamos hablando de poder, de mucho poder concentrado. Cuando se habla de poder, se tiende a pensar de inmediato en el poder de los políticos, mas esto requiere ser matizado. Por ejemplo, no hay dudas de que el presidente de los EEUU es uno de los políticos más poderosos del mundo. Ahora bien, yo no conozco personalmente al presidente Obama, pero gente que lo conoce me asegura que desde que asumió su mandato hubiese deseado ver presos a los principales responsables de la debacle, mas poco o nada ha podido hacer al respecto. Creer que esta impotencia es sólo cuestión de falta de voluntad es equivocar seriamente el diagnóstico. Esta creencia no es patrimonio exclusivo de gente que nunca se ha acercado a la reflexión política. A veces, con formulaciones más alambicadas, pasa lo mismo con muchos intelectuales que sostienen que, dado que la democracia representativa no puede dar respuestas a todas las demandas colectivas, hay que acabar con los partidos políticos y hasta con la democracia misma. Es obvio que no cabe insistir con fórmulas que fueron útiles para otros contextos pero que no sirven en las actuales circunstancias; es imperioso reformar a los partidos y sus modos de representación, sin caer en la tentación de contraponer democracia representativa con partidos políticos a democracia participativa con movimientos sociales. No hay que tirar al bebé con el agua sucia. La crítica absoluta a la democracia representativa y a los partidos políticos puede dejarnos sin herramientas de cambio. Por supuesto que hay que repensar y transformar esas herramientas, pero –al menos hasta que no terminen de madurar las nuevas formas de hacer política– no podemos quedarnos sin ellas. Hay que pensar modos de articulación entre partidos políticos y movimientos so-

13 Para un estudio pormenorizado del vínculo entre neoliberalismo y crisis de la democracia, cfr. Di Filippo, A., *Poder, capitalismo y democracia*, RIL Editores, Santiago de Chile, 2013

ciales, entre democracia representativa y democracia participativa. Pero a veces el pensamiento crítico, al criticar todo lo existente, esteriliza cualquier posibilidad de transformación real a partir de esas articulaciones, olvidando que los cambios hay que hacerlos con lo que se tiene, no con lo que se quisiera tener. Cuando el pensamiento crítico condena todo lo existente en nombre de lo que aún no existe, reduciéndose a una romántica idealización de lo que desearía que fuera, cuando se critica todo desde un supuesto "afuera" impoluto, se gana en comodidad y se obtiene la autosatisfacción quasimasturbatoria de pensarse a sí mismo como perfecto, pero al mismo tiempo se neutraliza cualquier tipo de mejora posible. Entrar en el barro de la historia es desagradable, qué duda cabe; implica tomar decisiones y toda decisión nos pone frente a la limitación de las decisiones que no se tomaron, al par que nos coloca ante la posibilidad del error. Al pensamiento crítico "puro" le gusta criticar pero no ser objeto de crítica; el pensamiento crítico es necesario, pero sólo si sirve de base para el pensamiento audaz que no teme proponer cosas realmente factibles por temor a equivocarse.

El problema es que no es posible ponerse "afuera" porque no existe ese afuera. Ya enseñaba Aristóteles hace dos milenios y medio que somos animales políticos, no podemos sino vivir en la polis; no somos ni dioses ni bestias. El vivir en la polis, el con-vivir, nos pone frente al riesgo constante de equivocarnos, de tener que abrirnos al otro y salir heridos. Vivir en sociedad requiere audacia, pero no hay más remedio que vivir en sociedad. A esta realidad conflictiva e ineludible hace explícita referencia la fraternidad como categoría política.

Como plantea Antonio Baggio al analizar el mitema recurrente de los hermanos que se matan: "Algunas de estas parejas de hermanos, gemelos o no, están directamente conectadas con los mitos de fundación de la ciudad, es decir, de realidades urbanas, delimitadas y definidas, dotadas de instituciones y leyes. En otras palabras, la fraternidad, desde los orígenes de diferentes culturas,

vive una conexión esencial con la instalación de la experiencia política. En este contexto, la fraternidad originaria es reveladora y, por este motivo, extremadamente realista: se presenta a menudo como insostenible o lacerante, de cualquier manera como una relación que encierra en sí y ejemplifica la conflictividad y dificultad radicales de las relaciones humanas. Al mismo tiempo, muestra la realidad de la co-pertenencia de los hermanos a la misma cepa y, por lo tanto, la fuerza unitiva de su lazo; muestra la necesidad del otro, de parte de cada uno, para comprender la propia identidad. En otros términos, la idea-imagen de la fraternidad contiene un paradigma relacional que muestra al mismo tiempo la igualdad y la diferencia entre los hermanos, entre dos que son recíprocamente inevitables, dos que no se eligieron, así como no se puede elegir la condición humana de ser hombres con otro y no en soledad.[14]"

Igualdad y diferencia, pero no diferencia jerárquica o vertical. La Fraternidad habla de relaciones horizontales y la horizontalidad estimula el conflicto, mientras que la verticalidad tiende a disuadir al "de abajo" para no enfrentarse con su superior. Entre padres e hijos la diferencia es jerárquica y mientras se mantiene así es muy difícil que el conflicto aflore. El padre puede devorarse a sus hijos como Cronos, pero amén de que no es la conducta practicada con más frecuencia por los progenitores (la mejor prueba es que a lo largo de la historia sobrevivieron miles de millones de crías humanas) eso no es conflicto: se los come y se acabó. En tanto que el hijo es principalmente hijo, en general el conflicto se da poco y llega hasta donde los padres lo permiten. Otra cosa acontece cuando el niño deviene adolescente y reclama ser reconocido como algo más que hijo, pero eso ya nos acerca a la idea de semejanza entre padres e hijos donde se comienza a desdibujar la jerarquía dada naturalmente por la dependencia del vástago. En cambio, entre hermanos esa jerarquía no existe y por eso el conflicto está siempre ahí, manifiesto o latente, pero ahí. La jerar-

---

14 Baggio, A. (Comp.). *La fraternidad en perspectiva política*, Ciudad Nueva, Buenos Aires, 2009. p. 206

quía tiende a diluir el conflicto: en la organización, el subordinado no puede entrar en conflicto abierto con su superior, se trate del empleado con el gerente, del ministro con el presidente, del obispo con el Papa o del coronel con el general. Y si lo hace, tiene que actuar con una astucia superior a la media para no ser despedido o dado de baja, lo que muestra que no es fácil conjugar conflicto con jerarquía.

Del mismo modo, si un pueblo invade a otro tratará de someterlo política, económica y, sobre todo, culturalmente, pues si el pueblo invadido no es "subalternizado" en estos tres aspectos se puede llegar a sentir como semejante al invasor y el estallido del conflicto es sólo cuestión de tiempo. Un ejemplo clarísimo lo brinda la Revolución Haitiana, tan silenciada como todos los levantamientos y rebeliones de negros acontecidas en nuestra América. No fueron pocos los líderes revolucionarios que desde París negaron que los esclavos hubiesen sido alcanzados por los derechos allí declarados, pero los haitianos sí lo creyeron y llegaron a derrotar al propio ejército napoleónico. Como señala Martínez Peria, los haitianos defendieron "tres banderas básicas definitorias: la abolición de la esclavitud y la libertad individual universal, el fin de la segregación racial y la igualdad universal y finalmente la ruptura del lazo colonial con Francia. (...) Esta ideología y estas demandas reconocen un origen y unas fuentes complejas: surgieron de la propia experiencia sufriente de la esclavitud, el racismo y el colonialismo, de la resistencia contra aquellos males, de la cultura afro y afro-criolla y finalmente de la influencia del ideario liberal de la Revolución Francesa. (...), los esclavos, en el proceso de insurrección, tomaron el pensamiento ilustrado de los derechos del hombre y lo resignificaron (lo calibanizaron) universalizándolo en función de sus propias experiencias de lucha, su cosmovisión y sus demandas de libertad, igualdad y fraternidad."[15] Semejante osadía la están pagando hasta hoy.

---

15 Martinez Peria, J. F. *¡Libertad o Muerte! Historia de la Revolución Haitiana*, Ediciones del CCC, Buenos Aires, 2012. p. 170.

Traigo expresamente a colación el silenciamiento de la "Revolución maldita", lo mismo que el de tantas rebeliones, pues el ocultamiento de estos hechos nos fue llamando la atención al tiempo que nos fue interesando cada vez más por la potencialidad de la fraternidad como categoría política y su correlativo olvido. Es como si hubiera un llamativo paralelismo: no se habla de las rebeliones incómodas; no se habla de la fraternidad incómoda. ¿Será que no se habla mucho de fraternidad universal porque a lo mejor los negros, las lesbianas, los judíos, los homosexuales, los indígenas, las mujeres, los villeros y tantos otros y otras pueden llegar a pensar que no hay jerarquías naturales? No cabe afirmar que haya una relación directa entre ambos silenciamientos ni que hayan sido consecuencia de una trama conspirativa ni nada de eso. Lo que sugiero es que ambos tienen algo en común: que silencian verdades o planteamientos que incomodan, que cuestionan la estructura de dominación. Como enseña la sociología del conocimiento, todos leemos o escuchamos con más ganas y atención aquellas noticias o aquellos comentarios que coinciden con nuestros gustos o intereses. No es una cuestión de intenciones perversas ni conjuras o conspiraciones ocultas. Es mucho más simple: la fraternidad molesta porque cuestiona, critica, trae al conflicto al centro de la escena. O quizá no sea "trae" el verbo más adecuado; deberíamos decir "descubre", pues aunque no lo veamos, el conflicto está.

Pero la fraternidad también nos muestra que, si bien los hermanos muchas veces se pelean, no siempre se matan. A veces, los hermanos se toleran, se resignan a aceptarse y hasta, en ocasiones, se quieren entrañablemente. E incluso, pueden pelearse y quererse por igual. Este carácter ambiguo puede molestar al intelectual acostumbrado a trabajar con esencias y con ideas y conceptos claros y distintos. Y ya desde el vamos vemos la dificultad que tiene esta noción para encerrarla en los límites de una definición, de trabajarla como una idea clara y distinta.